

SAN JOSÉ OBRERO, 1 de mayo

EN EL ORIGEN DE LA CONMEMORACIÓN

La celebración del Primero de Mayo, tradición inventada por los trabajadores, es considerada, con razón, como el más ambicioso de los rituales obreros a escala internacional. A partir de 1890 en ese día los obreros de distintos países se movilizan para afirmar una identidad colectiva, demostrar su fuerza ante la sociedad y los poderes públicos, y el consenso en torno a reivindicaciones comunes. A las manifestaciones, y en su caso a las huelgas, se suma en seguida la idea de fiesta, que propicia la unidad, la comunión y modifica mentalidades.

Más tarde, en 1955 Pío XII introduce en el calendario oficial la festividad de San José Obrero o Artesano como patrón de los trabajadores, el día 1 de mayo. De este modo otorga sentido cristiano a una fecha vinculada, en su origen, al marxismo internacional. Canonizaba así el trabajo, dando a su celebración profana un valor simultáneo de celebración cristiana.

LA ACTIVIDAD HUMANA EN EL MUNDO (Vat. II, GS n. 33-34)

El hombre, con su trabajo e ingenio, siempre se ha esforzado por desarrollar más y más su vida; pero hoy, gracias a la ciencia y la técnica, ha dilatado su dominio casi a la universalidad de la naturaleza, y lo acrecienta de día en día; y, con la ayuda principalmente de los múltiples intercambios entre las naciones, la familia humana poco a poco ha llegado a reconocerse y constituirse como una sola comunidad mundial. Con lo cual se consigue que muchos de los bienes que en otro tiempo el hombre esperaba principalmente de las fuerzas superiores hoy se los procure ya por su propio trabajo.

Frente a un esfuerzo tan colosal, que ya envuelve a todo el género humano, se plantean ante los hombres múltiples interrogantes: ¿cuál es el sentido y valor de tanta laboriosidad?, ¿qué uso se ha de hacer de estas riquezas?, ¿a qué fin tiende el esfuerzo de individuos y sociedades? La Iglesia, que guarda el depósito de la palabra de Dios, de la que se deducen los principios del orden religioso y moral, sin que por ello posea siempre la inmediata respuesta a cada una de las preguntas, desea unir la luz de la revelación al saber de todos los hombres, para iluminar el camino recientemente emprendido por la humanidad.

Una cosa hay cierta para los creyentes: que la actividad humana, individual y colectiva, es decir, el conjunto inmenso de los esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para mejorar su condición de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios. El hombre, creado

a imagen de Dios, recibió el mandato de someter la tierra y cuanto en ella se contiene, gobernar el mundo en la justicia y santidad y, reconociendo a Dios como creador de todo, orientar hacia él la propia persona y todo el universo: de este modo, sometiendo a sí todas las cosas, hacer admirable el nombre de Dios en el universo.



Este destino vale también para los quehaceres más ordinarios. Hombres y mujeres, que mientras se ganan con el trabajo el sustento para sí y para la familia organizan su trabajo de modo que resulte provechoso para la sociedad, tienen derecho a pensar que con ese mismo trabajo complementan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia.

Los cristianos, por consiguiente, lejos de pensar que las obras que consiguen realizar el hombre con su talento y su capacidad se oponen al poder de Dios y que la creatura racional es como émula del Creador, cultivan más bien la persuasión de que las victorias del género humano son un signo de las grandezas de Dios y un fruto de su inefable designio.

Por eso, cuanto más crece el poder del hombre, más aumenta su propia responsabilidad, singular o colectiva. De donde es evidente que el mensaje cristiano no aparta al hombre de la construcción del mundo, ni lo impulsa a descuidar el interés por sus semejantes; más bien lo obliga a sentir esta colaboración como un verdadero deber.

LA VOZ DE LA LITURGIA

PREFACIO: En tu amorosa providencia has elegido a san José para que cuidara a tu Hijo hecho hombre, rodeándolo de afecto paternal, y nos ofreciera a nosotros el ejemplo de una vida laboriosa. Aunque descendía de la estirpe de David, se ganó el pan con el sudor de su frente. Ennoblecíó el trabajo humano, sostenido y alentado por la convivencia de Jesús y de María; ejerciendo su arte con dedicación y virtud admirables, se convirtió en maestro de trabajo para Cristo el Señor, que no desdeñó ser llamado hijo del carpintero.

HIMNO: A ti, José, patriarca y artesano, que habitas pobre y escondida casa, con voz alegre y corazón humilde nuestra voz canta // De regia estirpe, en posición modesta, sufres paciente, resignado callas, mientras sustentas, con trabajo duro, dos vidas santas. // Fiel artesano y ejemplar modelo, das a los hombres pruebas bien preclaras de honra al trabajo, y de hacer la vida santificada. // Sé compasivo con tus fieles siervos, refrena torpes, sórdidas ganancias; que crezca Cristo místico en los ámbitos de toda patria. // Dios uno y trino, que eres a la vez Padre de todos y de todos alma, haz que imitemos de José la vida y muerte santa. Amén.